

Según una encuesta realizada en exclusiva para la revista *Ñ*, casi el treinta por ciento de los argentinos no leyó ningún libro en los últimos seis meses mientras que el cuarenta por ciento dice haber leído entre uno y tres. Si bien nueve de cada diez personas afirman poseer libros en su casa, casi la mitad de la población no compró siquiera un solo volumen en los últimos seis meses.

VICENTE MULEIRO.

Si es alentador que nueve de cada diez argentinos digan que poseen libros en su casa, y que el 80 por ciento de los entrevistados confiese que les gustaría leer más, no lo es que el 47,2 por ciento, casi la mitad de la población, no haya comprado un solo libro en los últimos seis meses ni que 85,7 por ciento tenga la percepción que el hábito de la lectura está en baja.

Esos son algunos de los datos que se desprenden de la encuesta **Los argentinos y los libros**, que a nivel nacional realizó el Centro de Estudios de la Opinión Pública (CEOP), en exclusiva para *Ñ*, entre el 20 y el 27 de marzo pasado, con el objetivo de construir un perfil de la relación entre los argentinos y la lectura mientras se desarrolla en el país la multitudinaria vidriera que reúne a los libros y a sus devotos reales o presuntos, la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires.

Lectura y sociedad

Quizá no hubo días en nuestra infancia más plenamente vividos que aquellos que creíamos dejar sin vivirlos, aquellos que pasamos con un libro favorito, dejó escrito Marcel Proust en *Sobre la lectura*, el opúsculo de un hombre conquistado por la laboriosa actividad de desprenderse línea a línea de lo que lo rodea para retornar hacia sí mismo con nuevos relieves, con nuevas armas y sensaciones para combatir a las aplanadoras de la rutina y la sumisión. En la Argentina la lectura recorre una historia de felicidades y tensiones: Mariano Moreno pagando con un viaje final su cualidad de calificado lector rioplatense de *El contrato social* de Juan Jacobo Rousseau; Domingo Faustino Sarmiento escribiendo en las piedras del exilio; la pulsión escolar por la lectura instalada en la base de un argentino modélico; Lucio Mansilla extendiendo kilómetros de líneas de tinta indeleble sobre el semidesierto pampeano; los "dotores" y los "léidos" pertenecientes a las clases altas visualizados como opositores a cualquier variante de promoción social; la apócrifa leyenda "Alpargatas sí, libros no"; el Che Guevara devorando páginas en su soledad de pelotón perdido en el Altiplano para buscar en letra impresa las coordenadas exactas de una praxis marxista para Latinoamérica; las Fuerzas Armadas apuntando a la mera posesión de libros como signo acusatorio, engrosando en el siglo XX el polo de la barbarie con piras inquisitoriales donde ardieron libros, libros, libros.

La huella de los textos en la vida pública y en el destino personal, su presencia fuerte en los momentos de despliegue social, los hojas de literatura política a principios de siglo, la educación sentimental de las novelas semanales promediando los años 30, su sacralidad colegial y universitaria últimamente bombardeada por la fotocopia; la extrañeza de haber exornado la vida literaria con un lector ciego que fue el más omnívoro y creativo del siglo XX, plantan en la Argentina un vínculo intenso que no puede resolverse en la monserga "cada vez se lee menos", pero cuyos altibajos pueden precisarse hoy en el sexto año del siglo XXI.

En la Argentina cuatro de cada diez personas dicen haber leído de uno a tres libros en los últimos seis meses; el 15,5 por ciento entre cuatro y cinco y el 11 por ciento de seis a diez. Solo el 5,1 por ciento de la población leyó más de diez. Pero el 27,2 por ciento de los argentinos admitió no haber abierto ni una sola página en el mismo período. El promedio general en el país dice que se leen 3,5 libros en seis meses, es decir un libro cada dos meses aproximadamente.

Si se discrimina por sexo y edad las mujeres se imponen levemente sobre los hombres en el vicio, el placer o la obligatoriedad de la lectura. También se destacan como lectores los menores de 24 años, y los mayores de 50. Mucho más preocupante es examinar cómo se compone el universo de los que no leen: allí predominan los hombres, los de nivel socioeconómico bajo y los que viven en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires.

Los sectores medios y los más pobres de la Argentina son los que impulsan hacia abajo los niveles de lectura, una certeza que puede explicarse mejor si analiza el nivel de lectura con respecto a diez años atrás. Un abrumador 54,1 por ciento dice leer menos que hace una década, sólo un 32,2 lee más y un 13 por ciento lee con la misma frecuencia que en 1996. Entre quienes dicen leer con menos frecuencia se imponen los mayores de 34 años y los que pertenecen a los sectores medios. Por el contrario entre quienes aseguran haber reforzado su relación con los libros sobresalen las mujeres, los de nivel socioeconómico alto y la franja de 35 a 49 años.

La lectura entonces, y sobre todo el libro, símbolo de la modernidad en todo el mundo y, en los casos de países emergentes y en gestación como la Argentina, llave de la tensión ascendente de sus habitantes, parece acompañar el proceso de caída de los sectores medios y bajos, la corrosión de la pirámide social en su franja inferior y la reestructura social negativa que se inicia a mediados de los 70 y que tuvo su epicentro en los 90 con la desarticulación del salario como eje de bienestar entre otros factores que fueron destiñendo la condición ciudadana.

Por el contrario, y en toda la línea, queda claro que cuanto más poder adquisitivo y rango social se posee hay más niveles de lectura y, con eso, de compra de libros.

Entre la experiencia personal y el martilleo de las frases hechas (en la Argentina se escuchó desde siempre que "cada vez se

lee menos" sin que el acerto se respaldara en datos concretos) un 85,7 de los encuestados tiene la percepción de que el hábito de la lectura se está perdiendo. Los jóvenes y las mujeres son quienes más insisten en esta impresión lo que resulta curioso ya que entre ellos están quienes más leen.

En el universo de los que no leen, admiten leer poco o están seguros de leer mucho menos que antes, el objeto libro sigue gozando de una altísima consideración y el hábito de la lectura también. Casi ocho de cada diez personas dicen que les gustaría leer más de lo que leen habitualmente. Leer libros, adquirirlos, hablar de ellos sigue siendo entre nosotros una marca que da cierta legitimidad social, cierta patente de plantarse con una aureola ante los otros. Aun en el supuesto de que este tipo de encuestas se preste para la respuesta vergonzante y aun desde una respuesta snob, resulta evidente que el libro es considerado como portador de cualidades positivas para la formación, el disfrute personal o la circulación social y laboral.

Quienes confesaron leer menos que hace diez años esgrimieron una razón casi unánime: la falta de tiempo. Un 15 por ciento dice tener problemas de vista y sólo el 6,3 por ciento confiesa que el hábito cede en manos de la televisión mientras que un 4,8 por ciento otorga su falta de lectura al precio de los libros. Coherente con esa respuesta es el reconocimiento de quienes leen más, dicen por supuesto que disponen de más tiempo o que han descubierto recientemente el gusto de apartarse soberanamente solos con un libro entre las manos.

Las respuestas de quienes les gustaría leer más de lo que leen habitualmente también coinciden: más de ocho de cada diez personas arguye falta de tiempo pero uno de cada diez dice que leería más si los libros fueran más asequibles. El cansancio y los problemas de vista completan las excusas. La cultura audiovisual, la omnipresencia de la televisión, los textos que circulan por Internet y por la telefonía de última generación no aparecen con fuerza como motivos que hayan espantado lectores.

Por las librerías

Casi la mitad de los argentinos (el 47,2) no ha pisado ningún comercio en los que se venden libros en los últimos seis meses.

El promedio total de los libros comprados en el mismo período es de 2,37. La otra mitad que sí adquirió libros en los últimos tiempos se distribuye de esta manera: un 28,8 por ciento compró de uno a tres libros: un 10 por ciento de cuatro a cinco, casi un diez por ciento compró hasta diez libros y sólo el 2,8 por ciento compró más de diez en el último semestre. Por supuesto que estos últimos coinciden con los de nivel socioeconómico alto.

Las nuevas técnicas y los nuevos sitios de venta de libros no parecen imponerse al ritual clásico de concurrir a las librerías. La librería encabeza el ranking con casi el 80 por ciento de las preferencias y muy lejos, en el segundo lugar, están las ferias del libro. La de Buenos Aires que se inauguró el jueves suele contar con más de un millón de visitantes por año pero esta modalidad ferial está creciendo muy fuertemente en el interior del país donde las capitales de provincias y ciudades de relativo desarrollo impulsan estas muestras acompañándolas con actos culturales. Los quioscos, plazas y parques, supermercados, el sistema del tipo "círculo de lectores" y la venta ambulante no alcanzan volúmenes significativos.

En consonancia, el libro nuevo es el producto que claramente se impone con más salida, 67,5 por ciento, sobre el usado que tiene una preferencia del 13,4, el resto frecuenta ambos mecanismos de adquisición. Las librerías de la Argentina —de sobremanera las de Buenos Aires— gozan de buena fama en todo el mundo de habla hispana. Esto tiene que ver con que más de siete de cada diez personas dicen encontrar en el mercado aquello que salen a buscar o les interesa mientras que el resto no encontró alguna vez aquello que buscaba. Las novedades, a la hora de comprar y de leer, se imponen sobre los clásicos.

También están los que acceden a libros pero nunca los compran. En este caso, la mitad dice que lee porque le prestan libros mientras un 16 por ciento contestó que lee aquello que ya tiene en su casa; un 14 asegura beneficiarse de quienes acostumbraban a regalar libros y un 8,3 por ciento de este universo de no compradores asegura concurrir a las bibliotecas. Un 2,3 por ciento dice que baja los libros de Internet y sólo un 1,2 por ciento se animó a confesar que los obtiene por fotocopia.

A la pregunta: ¿Ha concurrido a bibliotecas en el último año?, un 75,2 respondió que no y el resto que sí. Ese nivel de concurrencia no es para desmerecer en un país que en las últimas décadas fue perdiendo la cultura de concurrir a esos templos.

Leer es un placer

En su libro *Una historia de la lectura*, Alberto Manguel dice que en casi todas partes la comunidad de lectores tiene una reputación ambigua "que proviene de la autoridad inherente a la lectura y del poder que se le atribuye". Quienes en los primeros pasos de la humanidad tenía la habilidad de leer los signos que con el discurrir del tiempo se transformaron en lenguajes gozaban del prestigio de posser dones sobrenaturales. Hoy el prestigio en ocasiones se invierte y el lector obsesivo puede ser tomado como alguien a quien la vida le pasa de costado y pierde las cualidades de acometividad que la dura vida reclama. Entre nosotros, Roberto Arlt se encargó de expresarlo en un famoso pasaje de su novela *El juguete rabioso*:

—Rajá, turríto, rajá. ¿Te pensás que porque leo la Biblia soy un otario?.

La lectura se mueve también entre falsas oposiciones. Es clásica y popular la aparente contradicción entre vitalismo y afán libresco. El avance de la tecnología de la comunicación en proporción geométrica también creó el antagonismo tecnología vs. lectura. Hasta aquí esas aparentes contradicciones no pasaron eficazmente la prueba de la realidad. Y, a su vez, el objeto libro ha sobrevivido a la extensión de numerosos certificados de defunción. El soporte, esas páginas papel pegadas y acumuladas entre dos tapas, sigue presentándose, aun con sus renovaciones estéticas y técnicas, tan noble e irremplazable como la rueda o el cuchillo. Hace cinco años desde la industria del libro se pronosticó con temor que el libro electrónico, suerte de "game boy" con una pantalla apta para leer textos iba a copar la cuarta parte del mercado para esta época, por su practicidad y por el abaratamiento de costos que supone cargar bibliotecas enteras en un pequeño disco de almacenaje. Las condiciones técnicas para elaborarlo se cumplieron pero su penetración en el mercado, no.

Ricardo Piglia, en su ensayo *El último lector* se encarga de repasar la visión que los mismos escritores poseen del lector fanatizado: las novelas que desencuadran a Emma Bovary de su destino pequeñoburgués y que la conducen a la aventura amorosa y a la muerte. El Quijote operando sobre la realidad según el desiderátum de la ficción para vertebrar con eso una lucha tragicómica ante toda injusticia que se le plante. Hamlet prestigiando su locura, o la simulación de locura, con los

mensajes que provienen de la letra impresa. Una visión menos extrema, socialmente consensuada aunque sufra con demasiada asiduidad las llamas del totalitarismo, es la que dice que la lectura tiene un lugar central en todo pacto de convivencia y crecimiento que una sociedad se da para sí. Se lee como resultado de gozar del excedente económico, se lee para progresar en la vida, se lee para participar del poder del lenguaje, se lee para hablar y se lee para escribir.

Entre los lectores argentinos de hoy el placer de leer le gana a su funcionalidad. Busca sobre todo el regocijo complejo de habitar en mundos de papel el 68,6 por ciento de los entrevistados. Un 43,1 por ciento dice leer por estudio o trabajo mientras que un 26,4 por ciento lo hace para "adquirir conocimientos" incluyéndose así en la trajinada saga nacional del autodidactismo. Más de la mitad sigue prefiriendo la narrativa —el cuento y la novela— a la hora de elegir un género.

El "boca a boca", es decir las recomendaciones de amigos, compañeros y conocidos es el principal impulsor de la elección de un libro, mientras que la recorrida por las librerías también cuenta. Los consejos por los diversos medios de comunicación poseen un lugar destacado, al menos más que los libros que se aconsejan de las aulas y los claustros.

La baja participación del libro de estudio entre las razones para leer y el desdibujado lugar que las aulas y los claustros juegan como impulsores de lectura da cuenta de un fenómeno que los docentes vienen denunciando: tener que leer un libro completo intimida o incomoda a los estudiantes, aun a los que cursan carreras humanísticas.

Las preferencias de escritores argentinos plantea todo un tema sobre la relación lector-autor en los últimos años porque Jorge Luis Borges, Ernesto Sabato y Julio Cortázar, en ese orden, encabezan el gusto de los lectores argentinos como hace décadas. La omnipresencia de esta trilogía al parecer inamovible se cruza, seguramente, con el prestigio público, la fama universal, la circulación en los medios y en centros de enseñanza. Es posible que la respuesta automática tenga que ver con la retención de sus nombres que flotan hasta en la nómina de calles y plazas y en la insistencia periodística. Para la narrativa argentina la prevalencia del trío actualiza el problema de un indisimulable ruido de línea entre el autor de hoy y su comunidad de lectores.

No menos llamativo es que Gabriel García Márquez, Paulo Coelho, Pablo Neruda y Mario Benedetti hayan sido nombrados también como "escritores argentinos" a la hora de preguntar por preferencias, como si nadie quisiera entrar en el rubro "no sabe/ no contesta".

Entre otros escritores argentinos casi no figuran los de las nuevas camadas aunque en narrativa hay que apuntar a Pablo De Santis, en autoayuda a Jorge Bucay, en ensayo histórico a Felipe Pigna.

García Márquez, Coelho y Neruda son los que también encabezan la lista de extranjeros preferidos, Benedetti, Edgar Allan Poe, Agatha Christie y Mario Vargas Llosa habitan un segundo pelotón donde más adelante se entremezclan Charles Dickens con Eduardo Galeano y J. K. Rowling con Umberto Eco y Dan Brown con William Shakespeare. Entre los escritores más leídos, Borges también encabeza la lista seguido por Paulo Coelho. El libro más leído de Borges es *El Aleph* y el más frecuentado de Coelho es *El alquimista*. Por supuesto que *Cien años de soledad* es la novela tótem de García Márquez así como *El túnel* es la de Sabato.

En el Primer Congreso sobre la lectura que se realizó en Cáceres, España, la primera semana de abril de este año, la brasileña Nélida Piñón agradeció que el clima de su infancia le hubiera permitido leer lo esencial y lo superfluo. El francés Daniel Pennac, polémico experto en lectura, agradece la existencia de novelas como *Código Da Vinci* porque, sostiene, son libros para gente que no lee, que, por esa vía, puede dedicarse a abrir más libros como puertas.

Proust en *Sobre la lectura* habla de la exaltación vital que significa terminar de leer un libro: "las fuerzas acumuladas mientras había estado sin moverme, mientras el viento saludable soplabla por las calles del pueblo". Después agrega: "Somos conscientes de que nuestra sabiduría empieza donde la del autor termina".

Los sectores medios y bajos son los que empujan hacia abajo el nivel de lectura. La narrativa encabeza las preferencias y Borges es aún el escritor más elegido y más leído. Lo que sigue es un análisis de la relación entre los argentinos y los libros, basado en la encuesta y, en las páginas siguientes, un desglose de los hábitos de lectura y de compra y de las elecciones sobre libros, autores y temas.

Ficha técnica

Empresa ejecutora: Centro de Estudios de Opinión Pública (CEOP)

Abordaje: Entrevistas telefónicas.

Instrumento de recolección: Cuestionario estructurado.

Tipo de preguntas: Abiertas, cerradas, alternativas fijas.

Diseño muestral: Capital Federal, Gran Buenos Aires, Mendoza, Córdoba, Rosario, Tucumán. Del 20 al 27 de marzo de 2006.

Tamaño: 606 casos efectivos. Confiabilidad: 95.5 por ciento.

encuesta

Feria del libro: ¿por qué lee principalmente? (11.323 votantes)

Para distraerme (1.201)
10.6 %

Por placer (5.736)
50.6 %

Para capacitarme (2.478)
21.9 %

Por obligación / estudio / trabajo (1.908)
16.9 %